

MALAYA ANTE LA INDEPENDENCIA: BALANCE DE FUERZAS

I. LA META ALCANZADA

EL último bastión del Oeste en el Asia del Sureste —Malaya— alcanza la independencia (1). Y el país —«paraíso del caucho y del estaño», como escribía *Le Monde* a mediados de julio; «puerta occidental del Pacífico», según expresión de A. Giannini— se incorpora a la Commonwealth como décimo miembro. (Bien puede hablarse de *adaptable Commonwealth* y de *Commonwealth multirracial...*) El 31 de agosto es la fecha de la independencia.

La estructura estatal se configura como una Federación de los antiguos Sultanatos malayos. La Conferencia de sultanes elige a uno de ellos como jefe supremo. Y la Reina Isabel viene reconocida como cabeza de la Mancomunidad.

Surge un nuevo ente estatal asiático. No faltarán quienes digan que el fenómeno es de una monotonía, de una repetición desesperantes. Pero, quiérase o no, la presente situación no constituye sino la concreción de toda una trayectoria.

En 1947 Mr. Malcolm MacDonald decía, como Gobernador General de Malaya y Borneo: «Nuestro último y supremo objetivo en este país es el gobierno de los pueblos de Malaya para los pueblos

(1) Advertimos en el umbral del esbozo presente que no comentamos el tema de Singapur, vinculado a Malaya, pero con características políticas diferentes, como conoce el lector. Por otro lado, nuestro interés se enfoca primordialmente sobre el inventario de realidades de la Malaya no independiente de la postguerra, ofreciendo —dentro de la limitación de espacio— los rasgos más llamativos de su existencia, con ánimo de llevar la reflexión acerca del porvenir de estas tierras de tanto significado para el Occidente.

de Malaya por los pueblos de Malaya». En 1949, después de fracasada la campaña comunista de terrorismo, Mr. Attlee —entonces, Primer Ministro de Gran Bretaña— reafirmaba esta política en la Cámara de los Comunes, con las siguientes palabras: «El Gobierno de Su Majestad no tiene intención de abandonar sus responsabilidades en Malaya hasta que su tarea se halle completada. El propósito de nuestra política es simple. Estamos trabajando, en cooperación con los ciudadanos de la Federación de Malaya y de Singapur, para guiarles hacia el autogobierno responsable dentro de la Commonwealth». Parejamente, el General Sir Gerald Templer aseguraba, el 7 de febrero de 1952: «La política del Gobierno británico es que Malaya debe convertirse, a su debido tiempo, en una nación completamente gobernada por sí misma. El Gobierno espera confiadamente que esta nación estará dentro de la Mancomunidad.»

II. UN PAÍS «DIVIDIDO»

Y lo cierto es que nos encontramos con una país en donde no era preciso dividir para reinar o, al menos, para prolongar el reinado. Lo que se quiere decir con la superlativa concisión de las precedentes líneas quedará un poco más claro con unos cuantos detalles.

El Reino Unido podía contar en *Malasia* con divisiones geográficas, raciales y políticas.

Desde el punto de vista de la geografía física y económica, había dos pedazos bien diferenciados; o, si se quiere, una cabeza y un cuerpo desproporcionados: Singapur y la Península malaya. Singapur es el universo complejo y moderno de la gran ciudad, políticamente *avanzada*, viviendo de los cambios y no de la producción, vuelta hacia el mundo exterior. La tierra malaya es, por el contrario, un país agrícola, productor de materias primas, políticamente retrasado y preocupado de sus problemas interiores.

Mas eso no era nada comparado con las divisiones raciales. En efecto, Malaya se presenta como una sociedad plural de un tipo extremo.

La población está formada por un grupo de malayos y por un grupo de chinos de importancia numérica semejante y por una mi-

noría —notable minoría: un 11 por 100 del entramado humano— de indios (2).

En suma, entre muchos hombres de las diferentes razas de Malaya hay poco que les sirva de vínculo efectivo. Los malayos, rechazados por la inmigración hacia las regiones alejadas y poco desarrolladas, aparecen en retraso político y económico: musulmanes de religión, apegados a sus tradiciones, indolentes de carácter, tienen poco en común con los chinos. Estos han *ocupado*, de una manera o de otra, las ciudades o las han hecho nacer, por su sentido del comercio y de la banca, su actividad ingeniosa, su gusto al trabajo: *ils ont fait la Malaisie* (R. Guillain) (3).

Mas cuatro años de ocupación japonesa agravaron las oposiciones. Los japoneses trataron con miramiento a los malayos, pueblo dócil, y persiguieron a los chinos, enemigos hereditarios. Los sultanes de los nueve Estados de Malaya, si no colaboraron, al menos obedecieron. Frente a ello, los chinos resistieron. Es entre éstos donde se hizo la recluta de las fuerzas del ejército antijaponés de Malaya, creado y dirigido por los comunistas (4). Y, al salir de la guerra, los ingleses reconocían a duras penas el panorama de este país, antes plácido

(2) He aquí los datos esenciales del país. Extensión: 131.287 kilómetros cuadrados. Población: 4.908.086 habitantes. (Datos del censo de 1947, según el *Annuaire Statistique* 1956, Naciones Unidas, pág. 31). La urdimbre humana de la Federación se descompone del modo siguiente: malayos y emparentado, 2.427.834; chinos, 1.884.534; indios y pakistanés, 530.638, y otros (con inclusión de europeos), 65.080. A mediados de 1951 la población se estimaba en 5.337.222. Vid. «Current Notes of International Affairs», Canberra, diciembre 1952, pág. 700.

(3) Zinkin ha trazado los rasgos del cuadro racial de Malaya con las palabras recogidas a continuación: «No existe religión común: los ingleses son cristianos; los malayos, musulmanes; los indios, hindúes; los chinos, budistas o taoístas. No hay símbolo de común reverencia: una Marsellesa o una Carta Magna...» «Incluso, los diferentes pueblos no trabajan en las mismas tareas. En general, los indios son trabajadores de las plantaciones o empleados de las obras públicas; los malayos, pequeños cultivadores de arroz o de caucho, soldados o policías; los chinos, tenderos, mineros de estaño o negociantes». Vid. M. Zinkin: *Asia and the West*, págs. 158-159.

(4) Paralelamente nótese que durante la guerra muchos indios siguieron a Subhas Chandra Bose, *colaborando*.

y sin historia. Aquí, como en toda Asia, potentes fermentos agitaban a las masas. Pero los británicos se veían ante un doble nacionalismo: el de los malayos y el de los chinos.

III. LA ACCIÓN DE LA INGLATERRA DE LA POSTGUERRA

Y, para Inglaterra, el problema era la soldadura de tales elementos heteróclitos. En su marcha en busca de una fórmula sincrética, se enroló primeramente —y hasta mediados de 1947— en un camino que iba a abandonar: la constitución de una Unión Malaya, la cual bien pronto se encontró con vivas resistencias de los malayos. Hay una explicación: tal artilugio era prochino —pues organizaba una rápida *naturalización* de los inmigrantes chinos— y antimalayo —pues se acompañaba de un destronamiento en serie de los sultanes—,

Con su empirismo habitual, las autoridades británicas *enterraron* la experiencia y estructuraron una trabazón donde se restablecía el equilibrio en favor de los malayos —tanto más cuanto que comenzaba a inquietar el comunismo chino, el de China primero y, por repercusión, el de Malaya—. Los Sultanatos quedaban reorganizados como otras tantas pequeñas monarquías *locales* con sus Gobiernos y sus Parlamentos. Estos Estados *provinciales* quedaban ligados por una Federación de Malaya, bajo un Gobierno federal, instalado en Kuala Lumpur, en el centro de la Península. Junto al Alto Comisario británico, especie de Virrey, residía un Consejo Legislativo, especie de Parlamento, cuyos miembros, elegidos, serían malayos en su mayoría. Y, renunciando a crear una nacionalidad malaya, la Constitución instituyó —más modestamente— una *ciudadanía* abierta de modo amplio a los malayos, pero no a los chinos y a los indios, que *descartaba* en gran número, por medio de condiciones restrictivas.

Otra ventaja para los malayos consistía en que se dotaba a Singapur de una Constitución aparte, con lo que el peso de los 800.000 chinos de esta ciudad no se haría sentir en la Federación.

Pero no insistamos más acerca de estos extremos. Para el sentido de una breve *nota*, basta con lo antedicho. Sin embargo, este comentario quedaría incompleto —dentro de su modestia palpable—

si no se presentasen algunas particularidades del sistema de partidos políticos, íntimamente vinculado al problema racial.

Y, en esta ruta, observamos que las proposiciones británicas para una Unión Malaya generaron la reacción de los malayos, por estimar que podían ser despojados de su posición en el país. Con este fin era formada, en 1946, la *United Malays National Organization* (U. M. N. O.).

Ahora bien, el Partido perdía mucho del apoyo popular al ser abandonadas las propuestas de Unión. Empero, bajo la vigorosa dirección de Dato Onn bin Ja'afar, desempeñó un papel decisivo en el fortalecimiento de la resistencia malaya contra los terroristas.

Indiquemos que en mayo de 1949 la U. M. N. O. adoptó una nueva Constitución, por la cual eran admitidos no-malayos como miembros asociados. Ciertamente. Mas consignemos cómo esta concesión a un pensamiento liberal no pareció suficiente a Dato Onn, quien dimitió de la U. M. N. O. para formar posteriormente el Partido de la Independencia de Malaya. Por más que el Presidente de la Organización —Tungku Abdul Rahman— exponía que ella no se había apartado de su política de *Malaya para los malayos*.

Con esto, creemos pertinente la mención de los puntos del programa aprobados por el Consejo Nacional del Partido de la Independencia para Malaya, en septiembre de 1952: sufragio adulto; educación elemental universal y gratuita; emancipación de la mujer; reconocimiento de los derechos de libre empresa y protección de las inversiones «con sujeción a los intereses nacionales y a la seguridad»; equitativa distribución de la imposición y el derecho a aquellas libertades y condiciones de vida básicas que hacen la vida significativa y productiva.

La *Malayan Chinese Association*, fundada originalmente en febrero de 1949, como una organización cuasi-benéfica, se convertía formalmente en un Partido, en junio del año siguiente, en parte como resultado del resurgimiento del nacionalismo malayo; y en parte como resultado del miedo a los terroristas, cuyas actividades se centraban sobre los chinos. Las metas primeras de la Asociación eran la restauración de la paz y la promoción de la buena voluntad racial, junto a la protección de los intereses malayo-chinos.

Se ha subrayado la falta de unidad y la inexperiencia política del *Partido laborista pan-malayo*.

Resumiendo, haremos referencia a las elecciones generales de julio de 1955. Eran ganadas por el Partido de la Alianza —unión de la *United Malays National Organization*, la Asociación malayochina y el Congreso indio de Malaya—, obteniendo 51 de los 52 puestos.

Claro es que en los momentos actuales aflora la cuestión de la supremacía malaya. En la estructura naciente, los miembros de esta raza tendrán una posición privilegiada para la entrada en los puestos públicos, estándoles reservada una cierta cuota. El idioma nacional será el malayo. Y si los chinos tienen acceso a la ciudadanía, ello se produce a través de determinadas precauciones enderezadas a impedir el *enchinamiento* de la Federación y de sus órganos representativos.

IV. ¿HACIA UNA «NACIÓN MALAYA»?

Ahora bien, los asertos estampados más arriba no significan que todas las relaciones entre las comunidades sean malas. Ellas no lo son. Simplemente, significan que aún en la paz una sociedad tan diversa no puede hacer los sacrificios necesarios en una sociedad moderna. En una sociedad dividida por razas y en la que las diferencias de religión hacen difíciles los matrimonios mixtos, todo sacrificio es mirado con ojos raciales; y las razas hacen sacrificios menos voluntariamente que las clases. Y un hombre puede cambiar de clase, pero no de raza...

En fin, nos ha sido posible leer: «Chinos y malayos son tan fundamentalmente diferentes que en número igual sólo pueden vivir juntos si, como ha acontecido hasta el presente, se encuentran dominados por un tercero». (Así ha opinado Zischka). Y un estudioso oriental de los asuntos asiáticos —M. Venkatarangaiya— ha llegado a sostener: «Pasará largo tiempo hasta que alumbre en Malaya un real movimiento nacionalista, habitada como está por tres distintos grupos nacionales, entre los que no hay mucho que les sea común».

Y, a modo de pálido reflejo de todo este cúmulo de cuestiones, recuerde el lector los problemas —admoniciones y acrimonias— levantados hace unos años al enjuiciar el sistema educativo. Por ejemplo, el informe del Comité Barnes, saturado de nacionalismo malayo, y de resentimiento contra los chinos, ha afirmado: «Malaya ha ve-

nido a ser en todo la XIX Provincia (de China) excepto en el Gobierno, porque hasta ahora los chinos no han dirigido sus ojos hacia la Administración.»

Junto a esto, el informe del Comité Fenn-Wu —también *educativo*—, publicado en junio de 1951, señalaba claramente: «El pueblo de Malaya tendrá que aprender a comprender y apreciar sus diferencias culturales. Debe enorgullecerse de su tolerancia mutua... Para muchos chinos de Malaya, la *malayanización* es anatema, debido a la ausencia de una cultura, o aun de una sociedad, que pueda ser llamada malaya...»

Y no se eche a olvido lo que indicaba A. Vandenbosch en agosto de 1952: «El hecho importante ... es que se ha desenvuelto la conciencia política en un país que resulta de tremenda importancia para el mundo libre, a causa de su posición geográfica y de los recursos naturales. La guerrilla debe ser suprimida. Pero éste no es el único problema de Malaya. Al fin y al cabo, es más importante el problema de la edificación de una nación, con una lealtad patriótica.»

El Secretario inglés de Estado para las Colonias —en una entrevista a las delegaciones de las *Pan-Malayan Federation of Chinese Associations* y del *Malayan Party of Malacca*, el 21 de mayo— expresaba la confianza de que la Constitución final representase un leal y honrado compromiso entre las opiniones de los varios intereses y grupos raciales de la Federación.

Tal deseo encierra una justificación. ¿Se consolidará y durará la alianza chinomalaya, sin la cual la Federación no puede funcionar? O dicho con otra interrogación: ¿no se puede temer que surjan secuelas del hecho de que ciertos chinos continúen siendo más chinos que malayos? (Postulación de *Le Monde*). Esa es la incógnita frecuentemente esgrimida por los críticos de los asuntos malayos. No se olvide que todavía existe el problema de los insurrectos (con algunas simpatías entre la población —de modo especial, entre los trabajadores chinos—).

V. LAS PROPENSIONES COMUNISTAS

Ahora bien, los esfuerzos británicos encaminados a la unificación de toda esta área recibían un fuerte golpe en 1948, con el estallido de la rebelión comunista (5).

El *plan comunista* era alcanzar el poder para establecer una República Democrática Popular de Malaya. Sus tácticas iniciales consistían en ataques indiscriminados a las plantaciones de caucho, a las minas de estaño, a los servicios de transporte, a los pueblos aislados, a las estaciones de policía y a los individuos de todas las razas y clases. El plan de campaña se dividía en tres fases (período preparatorio de guerrillas, período de expansión del *ejército popular* y del *ejército de liberación* y período de asunción gradual del control de las áreas abandonadas por las fuerzas de seguridad, etc.).

Lo real es que el plan comunista no llegó ni a la primera fase. Si bien el éxito comunista en China dió una inyección de moral a los insurgentes, Y, así, en 1950, las guerrillas infligían más daños que nunca; esfuerzo intensificado que se mantenía durante gran parte del año, alcanzando un gran éxito cuando, en octubre de 1951, sorprendieron y mataron a Sir Henry Gurney, el Alto Comisario británico.

La situación resultaba difícil de dominar debido a la asistencia suministrada a las guerrillas por los *squatters* chinos que vivían en las zonas de la jungla.

La circunstancia indubitada e innegable es que Londres hubo de adoptar medidas de *emergencia*: reforzamiento de las fuerzas británicas y malayas; fortalecimiento y aumento de la policía regular; establecimiento de una policía especial y auxiliar; organización —en febrero de 1950— del *Malayan People's Anti-Bandit Month*; la creación, en septiembre de 1950, de una *Malayan Home Guard*, con miembros de todas las razas, formada en todas las pequeñas ciudades y pueblos; el *Plan Briggs* de reasentamiento de los chinos residentes en las zonas de la jungla, etc.

(5) Consignemos que la capacidad de producción del país se obstaculizaba por estas cruentas luchas: con unos gastos iniciales de unas 35.000 libras diarias, 60.000 hombres de policía y tropas inglesas luchando contra unos 5.000 comunistas.

Una evidencia resulta insoslayable: como consecuencia de las medidas gubernamentales, a finales de 1951 los dirigentes del Partido comunista malayo cambiaron de táctica (interrupción del terrorismo de efectos no-militares; atención hacia la recogida de alimentos, en vez de sobre el sabotaje y la intimidación de la población civil; mayor atención hacia la organización urbana).

Pero a estos hechos elementales y básicos hemos de agregar la negativa de los líderes de los terroristas comunistas a admitir el ofrecimiento de amnistía del Gobierno. (Vid. *Federation of Malaya, Statement on the Emergency*, «Commonwealth Survey», 1.º de mayo de 1956, págs. 348-349); y la eliminación, por una patrulla, del segundo del Partido comunista malayo, Yang Kuo (en 1956, *Time*, 3 de septiembre, pág. 25.)

Resumiendo, como ha escrito Jacques Raymond, *Malaya iba camino de ser una segunda Indochina*. Sin duda, aquella situación facilitó la aproximación entre los círculos chinos de los negocios y los elementos malayos más clarividentes. En 1952 concertaban una política cuya firmeza se ha mantenido incólume desde entonces. A juicio del mentado Raymond, había nacido un *sentimiento nacional malayo*. Gran Bretaña, que llevaba mucho tiempo preconizando la reconciliación entre ambos grupos, juzgó que el país había arribado a la madurez necesaria para conseguir la independencia.

Y la culminación de ese espíritu cabría concretarla en la Conferencia constitucional de Londres de principios del pasado año (18 de enero a 6 de febrero), a la que acudían una delegación de la Federación de Malaya —consistente en cuatro representantes de los gobernantes, el Ministro Jefe y otros tres ministro de la Alianza—, representantes del Gobierno del Reino Unido y al Alto Comisario para la Federación y algunos de sus consejeros, y cuyo informe se publicaba el 8 de febrero, siendo aceptado —según se anunciaba en Kuala Lumpur el 1.º de marzo de 1956— por el Gobierno de Su Majestad y por los gobernantes del país (6).

(6) Registremos otros perfiles: las conversaciones entre el Ministro jefe y el Ministro de Hacienda de la Federación y el Secretario de Estado para las Colonias y el Ministro de Estado para los Asuntos Coloniales (Londres, diciembre 1956-enero 1957); y las recomendaciones de la *Comission Reid*, en las cuales se basaban las conversaciones entre los representantes del Reino

VI. REALIDADES ECONÓMICAS

Más, tras la precedente excursión por la situación políticorracial del país, se impone la alusión a sus peculiaridades económicas.

La riqueza de Malaya es una creación del dominio británico, ha escrito Maurice Zinkin. Cuando Singapur fué fundado por Sir Stamford Raffles, en 1819, era un sector donde no existía ciudad alguna. Penang tenía una población de 24.000 habitantes en 1814; Malaca, 30.000 en 1834. Los Sultanatos, al aceptar la protección británica, a fines del siglo pasado, no eran sino unas *jungle backwaters*. No existía ni una milla de ferrocarriles ni de caminos; no había escuelas, departamentos sanitarios o de policía...

En 1900, Malaya contaba con 800.000 habitantes; hoy, con unos seis millones, poco más o menos.

El caucho era introducido en 1877, como resultado de una típica combinación occidental de la iniciativa —en *servirse* de las semillas del Brasil— y de la ciencia —en el descubrimiento de la variedad más adecuada al clima de Malaya—. Las exportaciones empezaron en 1905. En 1920, sumaban 196.000 toneladas. En 1948, carca de un millón de toneladas.

Lo mismo ocurrió con el estaño. La producción era de 26.000 toneladas en 1889; 37.200 en 1920; 85.500 en 1940; 45.000, en 1941, después de las destrucciones de la guerra...

Con una particularidad destacable: las industrias del caucho y del estaño condujeron a la expansión de los *servicios*...

Recordemos que el caucho constituye la mitad de las exportaciones de la Federación. En el lugar siguiente va el estaño. Ha de saberse que Malaya produce un tercio del estaño del mundo. En 1955, el caucho y el estaño aportaron el 85 por 100 de los ingresos del total exportado.

Cocos, palma, piñas y té son los otros productos de interés.

El coco va en importancia detrás del arroz y del caucho como producción de los pequeños agricultores (en un 80 por 100 del área

Unido y los gobernantes malayos y el Gobierno de la Federación (Londres, 13-21 mayo). Vid. *Commonwealth Survey*, 21-II-56, págs. 121-124; 22-I-57, páginas 90-91, y 8-V-57, págs. 500-501.

cultivada). Desde el punto de vista de la exportación agrícola, sigue el caucho. En 1955 se obtuvieron unas 144.000 toneladas de copra y 95.000 de aceite de coco.

Antes de la segunda conflagración universal, unos 60.000 acres estaban dedicados al cultivo de la piña. Malaya suministraba el 80 por 100 de las exportaciones mundiales de este artículo. Después de la ocupación nipona, la superficie cultivada no era más que de 3.000 acres, si bien ha ido aumentando progresivamente hasta los 35.000 acres (34.850 en 1955, de los cuales, 30.000 proporcionan el fruto a la industria conservera).

La producción de té pasaba de 4,6 millones de libras en 1954 a 5,3 en 1955. La mitad es exportada.

Pero se tiende a la diversificación de la economía. Uno de los productos estudiados es el cacao. En Trengganu se ha iniciado ya la plantación comercial. Recomendándose la extensión de la explotación hasta llegar a los 300.000 acres de tierra.

En todo caso, no se descubre nada con señalar la enorme proporción de la población agrícola. Siguiendo los datos contenidos en el Anuario Estadístico de la O. N. U., en 1947 la población activa, en términos económicos, dedicada a la agricultura y actividades afines se descomponía del modo indicado a continuación: 889.000 hombres y 346.000 mujeres (de un total de 1.463.000 y 441.000, respectivamente).

En cuanto a la industria, fácil es comprender que las manufacturas existentes son en general las derivadas de la agricultura, minería y bosques. No obstante, debe mencionarse la industria del cemento, con producción (107.010 toneladas en 1955, frente a 31.317 en 1953) casi suficiente para las necesidades de la Malaya Central.

Existe una Corporación de desenvolvimiento industrial y rural (la *Rural and Industrial Development Authority* —R. I. D. A.—), encargada de fomentar y facilitar el desarrollo económico-social, particularmente en las zonas rurales. Se fija la atención sobre un sistema de aprendizaje (creación, en 1956, de una *Central Apprenticeship Board*). Se establecen distritos industriales en las ciudades (así, en Petaling Jaya —la ciudad satélite próxima a Kuala Lumpur—)...

Pero Malaya conoce dificultades. Por ejemplo, en el abastecimiento de arroz. Cabe anotar que, a pesar de los esfuerzos para aumentar la producción de este primordial artículo alimenticio del país, a fin

de satisfacer la demanda local, ha de importar el 40 por 100 de sus necesidades.

En 1955, las importaciones netas (con inclusión de Singapur) fueron 484.000 toneladas, valoradas en unos 164 millones de dólares malayos.

La política gubernamental es intensificar la producción local, con la apertura de nuevas zonas y el mejoramiento de las existentes por medio de riegos, extensión del uso de semillas seleccionadas y fertilizantes y la introducción de nuevas técnicas de cultivo.

Y téngase presente que los problemas económicos ocupan un lugar destacadísimo. La cosa tiene una nítida explicación: si continúa el actual índice de crecimiento demográfico, parece que la población puede doblarse en veinticinco años (7), con lo cual la fuerza laboral puede aumentar en un enorme grado, haciendo esencial el incremento de la producción, si se quiere mantener, y elevar, el presente nivel de vida.

De ahí el valor del Plan quinquenal de desenvolvimiento económico (1956-60), aprobado por el Consejo Legislativo, en el mes de marzo. Por encima de detalles de real importancia, centraremos nuestro interés sobre la *política de desarrollo*. Primeramente, consignemos que un 60 por 100 de los fondos se asigna al *sector económico*, el 30 por 100 al *sector social* y el 10 por 100 al *sector gubernamental*.

La escala de prioridad es esta: industria del caucho, agricultura, expansión de las industrias mineras y determinación de una sana política de utilización de la tierra; estímulo al desenvolvimiento industrial; construcción, en los *estrechos* de North Klang, de un adecuado puerto para la capital federal; nueva política educativa, mejoramiento de los servicios sanitarios —de manera particular, en las áreas rurales— y proyectos de abastecimiento de aguas; programa de alojamientos, modernización y fomento del sistema de comunicaciones y energía, etc.

(7) El índice bruto de natalidad en 1955 fué de 43 (en España, 20 en 1954).

VII. CONCLUSIÓN

¿Futuro para el nuevo Estado? Sólo una cultura nacional unificada puede impedir un control por la India, China o Indonesia, ha afirmado un conocedor de los asuntos de esta zona, T. H. Silcock.

Pero los partidos malayos revelan un conflicto de intereses. No sólo se comprueban divergencias variando de izquierda a derecha, de acuerdo con el sistema político normal, sino que también hay peligrosas divergencias entre las comunidades. *Es lo esencial del problema.* Malaya contiene malayos que son malayos, chinos que son chinos e indios que son indios. La lucha por el poder no puede disociarse de la idea de dominación de las comunidades. «Con el tiempo, la idea de una nacionalidad malaya ganará terreno. Pero, en la hora actual, el factor humano obstaculiza toda adaptación racial rápida. *Puede que pase una generación antes que se acepte instintiva y sinceramente una nacionalidad común.*»

Y tenga en cuenta el lector que las aseveraciones montadas en el párrafo anterior proceden de fuente británica, del ponderado *Economist*.

Mas aún hay más. Todo el que se haya encarado un poco en serio con el futuro del Oriente ha tropezado con otras evidencias. El peligro era expuesto sin rebozos por G. K. C. Yeh, Ministro del Exterior de Formosa: «Hoy, el problema de Asia es como conseguir un ilustrado y equilibrado nacionalismo. ¡No es fácil tarea!» (En un discurso pronunciado el 26 de junio de 1956, en Bangkok). ¡Aguda observación, en verdad! Máxime cuando ha de trabajarse en un ambiente de profundas presiones —si no dislocaciones— económicas, sociales y políticas.

Quien quiera comprender todo lo que encierran las últimas citas no necesita extenuarse en largas erudiciones: le basta con hacer un inventario del mundo asiático postbélico.

Ha de saberse huir de la simplificación de pensamiento, uno de los males de nuestro tiempo. Un dato: durante la estancia del Comisario británico para el S. E. de Asia, Mr. Malcolm MacDonald, en Yakarta, Indonesia, en 1953, se veía obligado a salir al paso de la aseveración de un periódico de esta capital para quien el terro-

rismo en Malaya era un *alzamiento nacional* cruelmente reprimido por las fuerzas armadas.

El discurrir malayo debe insertarse dentro del marco de la trayectoria general del mundo asiático, con sus acciones y sus reacciones. Y, llegados a este punto, resulta interesante recoger algunas de las apreciaciones contenidas en el informe anual de la S. E. A. T. O., publicado antes de la reunión de Canberra (11 al 13 de marzo). En este documento se declara que, cuando fué establecida la Organización, el principal peligro en el área del Tratado era la agresión armada. Pero ahora —aunque la fuerza militar comunista continúa creciendo— los comunistas utilizan una amplia gama de tácticas más sutiles, tanto políticas como económicas, para conseguir sus fines. «Ellos intentan infiltrarse en las organizaciones políticas, juveniles y culturales e intentan subvertir la lealtad de los grupos minoritarios, tales como *los chinos de Ultramar...*»

LEANDRO RUBIO GARCÍA

CRONICAS

